



# Una experiencia imborrable

Por Antonio León

El 25 de enero de 2022 apareció rota la paloma de la paz del Zamná en la duna de la Gamaza de Santander.

Zamná es el dios maya de las artes y la sabiduría. Zamná es también el nombre de un barco trimarán de 35 metros de eslora, construido en Alvarado, México; junto a la desembocadura del río Papaloapán con el que, el navegante cántabro Vital Alsar realizó su último proyecto náutico (*El niño, la mar y la paz*) entre agosto de 2009 y enero de 2010.

El majestuoso barco era el vehículo en el que un niño llevó un mensaje de paz desde la isla de Cozumel, frente a la península de Yucatán, hasta Atenas, hermanando así las culturas maya y griega. Hizo escala en diversos puertos de Estados Unidos, España, Italia y Grecia. En el viaje de regreso a México, pasó por Ceuta, Las Canarias, Santo Domingo y Cuba, para finalizar de nuevo en Cozumel.

Yo pude seguir de cerca su singladura, porque, en el mes de mayo del 2009, había viajado a México para pintar su vela mayor, una tela de ocho metros de alto por nueve de ancho. Y eso que, cuando emprendí el viaje, no tenía la más remota idea de lo que iba a hacer.

María Isabel Gutiérrez, escritora, diseñadora y pintora veracruzana, afincada en París y con la que había compartido un par de exposiciones de cuadros míos y obra gráfica de ella, nos había invitado a mi mujer y a mí a pasar las vacaciones en su casa de Veracruz. María Isabel había hecho unos cuantos diseños con pájaros y plantas típicas de Centroamérica para las ventanas del barco. Los problemas para ella surgieron cuando Vital quedó prendado de uno de los diseños (tres colibríes libando en tres flores) y le propuso pintarlo en la vela mayor. Mi amiga se vio incapaz de hacerlo y recurrió a mí sin avisarme. Si me lo hubiera dicho antes de empezar el viaje, podría haberme asesorado para resolver los problemas que planteaba el trabajo que acabaría asumiendo, pero no lo hizo y, cuando estuve allí, después de ir a ver el barco que estaban acabando de construir, y presentarme a Vital, que nos invitó a comer, me pidió que la ayudara. ¡Ayudarla! Ella no tenía ni idea de con qué pinturas hacerlo y propuso pintar la vela en el suelo de un parking.

Problema número uno. Supuse que el material del que se hacen las velas de un barco debe dificultar que se absorba el agua y, por ende, cualquier tipo de pintura. Tendría que averiguar qué tipo de pintura podría adherirse. Para averiguarlo, iba a necesitar un buen trozo del tejido de la vela, pintarlo con diferentes tipos de pintura y someterlo a pruebas tales como empaparlo de agua, calentarlo con una plancha y rasarlo con un cuchillo. La mancha de pintura que mejor soportara la tortura sería la que acabaríamos usando.

Problema número dos. Pintar en el suelo de un parking. Desde poco después de que nuestros ancestros homínidos se pusieron a andar erguidos, no es conveniente trabajar a cuatro patas, con la columna vertebral en posición horizontal. Además, se corría el riesgo de dañar la tela si nos paseábamos por encima. Este segundo problema se solucionó milagrosamente aquella misma tarde. ¡Y es que el mundo es un pañuelo! Un año antes, en Miami, había conocido por medio de un amigo común al Sr. Emilio Vélez. Emilio resultó ser el propietario del Hotel Imperial de Veracruz y, gentilmente, lo puso a nuestra total disposición para que pudiéramos pintar la vela en su espacioso vestíbulo de 12 metros de altura. Allí podríamos pintarla en vertical e incluso poner andamios. Pero, claro, solo si la vela llegaba a tiempo.



Los siguientes días hicimos turismo por Veracruz y las cercanías. Visitamos su acuario y lugares como las ruinas de la casa de Hernán Cortés en La Antigua, las hermosas ciudades de Tlacotalpan, Xalapa y Coatepec.

Gracias a las gestiones de Mario, recibimos un martes un pedazo de tela del mismo material que la vela y la promesa de que la vela llegaría al día siguiente, miércoles, por la tarde. Mayte y yo teníamos los billetes de vuelta para el domingo por la mañana, así que yo solo dispondría de jueves, viernes y sábado para pintarla. Nunca había pintado un lienzo tan grande ni de tanta responsabilidad, pero no quería, después de resolver los problemas, dejarlo a medias y que lo terminara María Isabel. Ya que iba a empezarlo yo, quería acabarlo.

Tan pronto nos llegó el trozo de tela, fuimos a un centro comercial y le pedimos a un amable empleado que aplicara unas manchas de color en ella, tres tipos diferentes de pintura acrílica y un par de sintéticas, con la promesa de que, una vez realizadas las pruebas, compraríamos varios kilos de varios colores y unos cuantos pinceles, brochas y cubos. Esto también tendría que decidirlo yo, puesto que mi amiga, aunque no hubiera dicho ni una palabra, había delegado en mí toda la responsabilidad del trabajo.

Aquella noche, metí el trozo de tela dentro de la piscina de su casa y la dejé en remojo hasta la mañana siguiente; cuando la saqué del agua pasé una plancha caliente por encima de las manchas de pintura. Pensé que, al sol, la pintura no alcanzaría las temperaturas a las que yo la sometía. Como última prueba, las rasqué con un cuchillo de sierra; supuse que la pintura no sufriría tanto cuando izaran y plegaran la vela.

Uno de los tres tipos de acrílico soportó muy bien la tortura. Ya teníamos la pintura.

Aquella misma mañana fuimos con Mario a comprar los materiales para pintarla.

La vela llegó, ya casi de noche, pero llegó. En un bulto del tamaño de una maleta de viaje. Entre Mario, Mayte, Isabel y yo la desplegamos y colgamos de los ollaos, con el mismo tipo de cuerdas que se habían utilizado para calafatear las tablas de la nave, atándola a las barandillas del último piso del vestíbulo del hotel Imperial.

Justo cuando acabábamos de colgarla, apareció Vital Alsar con Carlos Aguilar, el escultor que había construido el mascarón de proa del barco, una paloma de la paz que acababan de colocar aquel mismo día, en Alvarado. Con él llegó Paco, el camarógrafo que había filmado el suceso y llevaba un par de años filmando la construcción de la nave y que, a partir del día siguiente, registraría también para la posteridad el pintado de la vela. Venían acompañados por algunos periodistas y fotógrafos de la prensa local que informarían del acto y yo me convertí, muy a mi pesar en uno de los focos de atención. Ya no había vuelta atrás, pero me asaltó el temor de no dar la talla en la tarea que se me venía encima. Pintar siempre ha sido para mí un *hobby*, una actividad íntima que realizaba en la soledad de mi estudio, en el que tenía la posibilidad de abandonar la obra si no resultaba de mi agrado. Ahora me había convertido en “el acreditado pintor que había viajado exprofeso desde España para pintar la vela del Zamná”.

Por si fuera poca la presión que empezaba a sentir, Vital anunció a los periodistas presentes, que yo era el segundo pintor que pintaba la vela de uno de sus proyectos náuticos y que se daba la coincidencia de que el primero había sido otro pintor catalán, un tal Salvador Dalí. No salí corriendo porque las piernas no me respondieron, pero, aunque me hizo sentir sumamente halagado, pasé mucha vergüenza.

Vital Alsar tenía que salir de viaje; no estaría presente mientras se pintaba y no volvería hasta el sábado por la tarde, cuando el Sr. Emilio Vélez, propietario del hotel, ofrecería un *lunch* de presentación de la vela a autoridades y periodistas locales y nacionales. También estarían presentes los 14 miembros de la tripulación que habían participado en la construcción de la singular nave.



Empezamos a pintar el jueves a primera hora. Toda la tensión desapareció en cuanto empecé a bajar la vela para dibujar la flor y el colibrí de la parte superior. Habíamos decidido que iríamos subiendo la vela a medida que avanzásemos. Empecé por hacer el dibujo a lápiz para luego mezclar colores y pintar. Aparecieron un par de periodistas a los que hubo que atender y para los que tuvimos que posar; algunos clientes del hotel también se acercaban curiosos a preguntar qué era lo que estábamos pintando. Al acabar el día, yo ya estaba tranquilo, porque los titubeos y dudas del principio habían desaparecido y el trabajo avanzaba a una buena velocidad de crucero. Incluso mi amiga Isabel se dedicaba más a atender a los familiares y amigos que venían a verla que a pintar y yo podía trabajar, sin tener que vigilar lo que hacía.

El viernes y el sábado, ya disfruté del hecho de pintar e incluso de las interrupciones que, de vez en cuando provocaban algunos transeúntes curiosos que pasaban por delante del hotel y que, al verme pintando la descomunal vela, decidían entrar y charlar un rato conmigo.

Acabamos a tiempo para celebrar la fiesta y atender a los medios de comunicación. Jamás he recibido tantos parabienes y felicitaciones; entiendo desde aquel día, que la gente famosa tenga un ego excesivo. Vital también llegó justo a tiempo y se mostró exultante y satisfechísimo con el resultado de la obra. La vela quedó dos meses colgada en el vestíbulo del hotel, porque se retrasó la finalización del barco y a Emilio le resultaba una atracción para su establecimiento.

Maite y yo regresamos a casa y allí esperé ansioso a que el Zamná en su periplo, llegara a Barcelona. Cinco meses pasaron desde que nos despedimos en Veracruz hasta que lo vi aparecer por la bocana del puerto. Atracó en el Moll de la Fusta y Vital volvió a hacerme pasar vergüenza, a la par que me proporcionaba una gran satisfacción: lo primero que hizo una vez colocada la pasarela que le permitió bajar del barco al muelle, fue ignorar al grupo de autoridades que le estaban esperando, para venir a mi encuentro con los brazos abiertos, mientras gritaba mi nombre a pleno pulmón y se fundía conmigo en un cálido abrazo.

Si os habéis fijado en los veleros atracados en los puertos, os habréis dado cuenta de que ninguno tiene la vela izada. Bueno, pues aquí tenéis una excepción: si hubierais visto el Zamná los tres días que estuvo en Barcelona, hubierais podido contemplar la gran vela que tan gran satisfacción me produjo pintar. Gracias, Vital, por el detalle.

Podría acabar aquí, pero he decidido escribir un epitafio. Ahí va.

Como dice el androide de *Blade Runner*, “todos estos recuerdos se perderán en el tiempo, como lágrimas en la lluvia”. El Zamná fue desmantelado y su carcasa hundida para convertirlo en un arrecife artificial en agosto de 2016. La paloma de la paz, el mascarón de proa del barco, fue donada a la ciudad de Santander y colocada en la duna de Gamazo en el 2021. Unos vándalos la rompieron en enero de 2022. No tengo noticias de qué ha sido de la vela.





Vital Alsar falleció el 15 de setembre del 2020, a los 87 años, en Acapulco (México), después de una vida



intensa. Gracias, amigo, por haberme permitido vivir esta “experiencia imborrable”.